



EPILOGO.

La decisión del Gobierno de Sonora de reasumir su soberanía para oponerse al avance de las tropas federales que Carranza se disponía a enviar, determinó la ruptura de las hostilidades. Durante muchos años las armas de Carranza habían recorrido victoriosas el país, a causa de que sus enemigos no habían logrado unirse bajo el mando de una cabeza prestigiada. Pero la campaña democrática desarrollada por el General Obregón en toda la República había preparado la unificación de los enemigos de Carranza, y la actitud legítimamente rebelde del Estado de Sonora vino a refrendar al obregonismo y al movimiento revolucionario. Sin embargo, era una revolución peculiar porque predicaba la aplicación estricta de la ley ; se ponía dentro de la ley y excomulgaba a Carranza por sus atentados contra el derecho. La intención de Carranza al mandar tropas a Sonora era hacer triunfar la candidatura impopular que con fondos del Gobierno Federal se había venido propagando en toda la República ; de suerte que la oposición y la rebeldía de Sonora no eran, no podían constituir un movimiento local, como tímidamente lo afirmaba la prensa carrancista, sino el primer golpe de una revolución nacional. La opi-

nión pública supo darse cuenta exacta de la situación, operándose un cambio totalmente adverso al carrancismo. Todas las fuerzas de Sonora, tanto las milicias locales, como las guarniciones federales que allí estaban, hicieron causa común y ofrecieron su adhesión al Gobierno del Estado. Los primeros combates entre los carrancistas y los rebeldes sonorense, fueron victorias decisivas para éstas. En unos cuantos días el General Flores logró hacerse de toda la parte Norte del Estado de Sinaloa, capturando el Fortín y Culiacán, y comenzó a avanzar hacia el Sur.

Sin embargo, subsistía el peligro de que la rebelión de Sonora no fuese secundada rápidamente y de que las fuerzas federales la sofocaran; se temía también por la suerte del Jefe natural del nuevo movimiento, el General Alvaro Obregón, que se encontraba todavía en la ciudad de México. Si Carranza lograba asesinarlo, pensaban todos entonces, la nueva revolución recibiría un golpe de muerte. Por eso el más sonado acontecimiento de aquellos días fué la fuga del General Obregón hacia el Sur de la República. El Jefe sonorense, después de una serie de aventuras novelescas, logró internarse en el Estado de Guerrero, donde un gran número de los soldados del Gobierno se pusieron a sus órdenes.

La acción militar siguió entonces desarrollándose; pero secundada eficazmente por la política. En Sonora se redactó el Plan de Agua Prieta, cuyo texto consta en el presente volumen, y él sirvió para definir las tendencias y el alcance del movimiento. Después de promulgado el Plan de Agua Prieta, ya no quedó ninguna duda acerca de que se trataba,

no de una cuestión local, sino de una cuestión *nacional*; no de una cuestión que pudiera terminarse por convenios con Carranza, sino del derrocamiento de Carranza y el establecimiento de un nuevo Gobierno. El país entero acogió con entusiasmo las promesas de regenerar la patria, después de una tan prolongada era de corrupción. Los decretos expedidos por el Gobernador de la Huerta sobre abolición de la pena de muerte y la tendencia general a la moralidad hicieron ver que se trataba no de un mero cambio de personas; sino de una vuelta a los principios morales que el carrancismo había pisoteado con cinismo hasta entonces triunfante.

Por la misma fecha en que se promulgaba el Plan de Agua Prieta, el General Alvaro Obregón lanzó un manifiesto en Chilpancingo, en el cual se iba más adelante que en el Plan de Agua Prieta, pues mientras éste desconocía solamente al Ejecutivo, el Plan de Chilpancingo desconocía también al Poder Legislativo. Quizás, como posteriormente lo demostraron los acontecimientos, hubiera sido lo más eficaz apegarse a los términos del manifiesto de Chilpancingo; pero en vista de que el Plan de Agua Prieta había ya sido dado a conocer y de que en dicho Plan se establecía la jefatura del movimiento en favor del Gobernador de Sonora, el General Obregón patrióticamente manifestó, tan pronto como estuvo en condiciones de hacerlo, que reconocía la jefatura del Gobernador de Sonora y que aceptaba las cláusulas del Plan de Agua Prieta. El Plan de Agua Prieta fué pues, la Ley provisional de la nueva revolución.

Poco se sabía en el centro del país acerca del re-

sultado de los movimientos de Guerrero y de Morelos, encabezados por el General Obregón y enérgicamente secundados por el General Hill; mucho menos se sabía de las rebeliones encabezadas en Michoacán y Zacatecas por los Generales Ortiz Rubio y Estrada. El Gobierno de Carranza procuraba hacer creer que pronto serían sofocados estos grupos aislados de rebeldes; pero el mismo Carranza nada podía hacer para disimular la importancia del movimiento de Sonora, que no sólo se extendía por todo Sinaloa, sino que estando en contacto por la frontera del Norte con los Estados Unidos daba a conocer al mundo entero sus propósitos y sus rápidos y señalados triunfos. La más importante adhesión a las fuerzas de Sonora se produjo cuando todas las guarniciones federales de Chihuahua se adhirieron a las cláusulas del Plan de Agua Prieta. Después de algunas semanas de preparativos y de conferencias los jefes federales del Estado de Chihuahua se dieron cuenta clara de su deber, y se pasaron al lado de la legalidad, representada por Sonora, y en contra del mal Jefe que pretendía utilizarlos para imponer en la Presidencia a un hombre repudiado por la opinión pública. Las fuerzas de Chihuahua bien pertrechadas y aguerridas y en número próximamente de quince mil hombres, formaban uno de los más fuertes núcleos del carrancismo, y todas ellas puestas al lado de la revolución aseguraron su triunfo.

Unos cuantos días más y ya reforzados los ejércitos de Chihuahua con algunos batallones sonorense, se inició el avance hacia Torreón, ciudad que fué capturada sin combatir, y en la cual se recibió

la adhesión del fuerte núcleo de tropas que guarnecía la región Lagunera. Una columna organizada en Torreón con contingentes yaquis y tropas regulares, al mando del General Antonio I. Villareal, ocupó casi sin combatir los Estados de Coahuila y Nuevo León.

Mientras tanto, en la capital de la República la situación se hacía cada vez más desesperada para los defensores de la tiranía. A diario llegaban noticias de defeciones de tropas y la ciudad comenzaba a verse cercada por las fuerzas que al mando del General Obregón avanzaban victoriosas por el Pioniente y por el Sur. En estas circunstancias, cuando ya la derrota del Gobierno carrancista era evidente, el General Pablo González decidió ponerse del lado de sus tropas que ya en gran número se habían pasado a la causa obregonista.

El General Guadalupe Sánchez, Comandante de las fuerzas carrancistas en la costa Oriental, declaróse en favor del obregonismo, causa con la que siempre había simpatizado, y entonces Carranza reuniendo los pocos elementos que quedaban a su alrededor evacuó la ciudad de México, en varios trenes cargados con el oro de las cajas de la Nación, con el lujo de sus favoritos, y con unos cuantos soldados desalentados que habían de dispersarse a los primeros combates. Mandaba estas tropas el General Francisco Murguía, uno de los que más dinero acumularon en sus largas campañas al servicio de Carranza, y fuera de este pequeño contingente, ya no quedaban del lado de Carranza sino las fuerzas del General Diéguez que pronto habían de abandonar la mala causa, al grado de que este militar,

también enriquecido por el carrancismo, cayó preso en Guadalajara.

Los trenes de Carranza fueron detenidos por los rebeldes a poca distancia de la ciudad de México. Se inició una serie de pequeños combates con tan buen éxito, que Carranza tuvo que dejar los trenes abandonando parte de sus tesoros para internarse en la Sierra de Puebla, con un pequeño grupo de servidores y de cómplices.

Por estas fechas ya habían ocupado la ciudad de México las fuerzas del General Alvaro Obregón que estableció su cuartel general en Tacubaya y con toda prudencia se puso a esperar órdenes del Jefe reconocido del movimiento, don Adolfo de la Huerta, Gobernador de Sonora. En cambio, el General Pablo González desde su cuartel general de la ciudad de México comenzó a expedir nombramientos de ministros, de diplomáticos y de empleados, sin otra autoridad que la de hecho, derivada de las circunstancias.

Desde el momento en que Carranza se internó en la sierra era fácil suponer los riesgos que corría: pero como no convenía a los revolucionarios que Carranza pereciese, el General Obregón cuidó de mandarle emisarios para proponerle que se dejase conducir al Puerto de Veracruz con toda clase de garantías. Al mismo tiempo se dieron órdenes a todos los jefes, a efecto de que si el Exprimer Jefe era aprehendido, se le respetase la vida. El señor Carranza se negó a tratar con los parlamentarios, y una noche, ya que había sido abandonado por casi todos los suyos, su campamento fué asaltado, y en el asalto pereció quien tanta arrogancia había

mostrado con los vencidos, quien tantas veces holló los sentimientos de piedad y de honor.

La muerte de Carranza es lamentable porque ha servido para que la gente mal informada tenga un mal concepto del país; pero la impresión que esa muerte ha dejado es muy distinta de la que hace pocos años causó la muerte del Presidente Madero. Carranza había derramado bastante sangre para merecer que en su persona se cumpliese la antigua sentencia de “El que a hierro mata a hierro muere”. El asesinato de Madero es uno de los crímenes más grandes de la historia del mundo; la muerte de Carranza es una consecuencia natural de sus antecedentes y de las condiciones en que se puso. El hombre que aparece encabezando el asalto en que Carranza perdió la vida estaba resentido, porque, según parece, Carranza le había matado a alguno de sus allegados; por otra parte, Carranza se hallaba en campaña, después de haberse puesto fuera de la ley a causa de sus constantes violaciones de todas las leyes. Por eso se ha dicho con acierto, no exento de gracia, que Carranza murió de **muerte natural**, porque es natural que el tirano perezca sacrificado con las mismas armas que acostumbraba emplear contra sus enemigos. El déspota que emboscó a Zapata; el Jefe renkoroso que mandó matar al General Angeles por encima del amparo de la Suprema Corte, el mal hombre que a tantos mató y desterró y despojó, no habría podido quejarse de que un día la suerte, que a veces sonríe a los pícaros, se volviese en su contra, siquiera una vez, justiciera. Además, Carranza llevaba consigo todos los elementos que conducen a un fracaso; llevaba

dinero y llevaba ladrones; quien así se aventura en despoblado, raras veces escapa a las consecuencias de su imprudencia. Según parece, una de las mismas partidas carrancistas, que tanto se habituaron a tomar el dinero de donde lo había, se volvió contra Carranza para despojarlo del oro que llevaba. En la lucha por el botín, pereció el jefe de la cuadrilla: otros más afortunados lograron escapar con los bolsillos repletos, y a la fecha se pasean en Europa o conspiran en los Estados Unidos; a todos ellos los juzgará la historia; pero lo que sí podemos afirmar desde luego es que a la muerte de Madero todo el país se encendió con los fulgores de una guerra santa, y los ciudadanos se levantaron en masa para castigar a los culpables. La muerte de Madero significó el desastre de la patria; los largos años de exterminio y odio, la refriega terrible que a veces tomó las proporciones de un castigo bíblico, por el gran crimen que se había cometido. Pues la sangre del justo siempre cae como una maldición sobre las cabezas de los culpables! En cambio, la muerte de Carranza ha sido como un óleo de paz: ha bastado que Carranza desapareciera para que los enemigos de ayer se busquen reconciliados; para que los mexicanos de todos los matices de opinión vuelvan a sentirse hermanos; y así que se escriba la historia de todo este agitado período social, a manera de epitafio tendrá que decirse: "Desde la muerte de Carranza volvió a reinar la concordia entre todos los mexicanos."

JOSÉ VASCONCELOS.